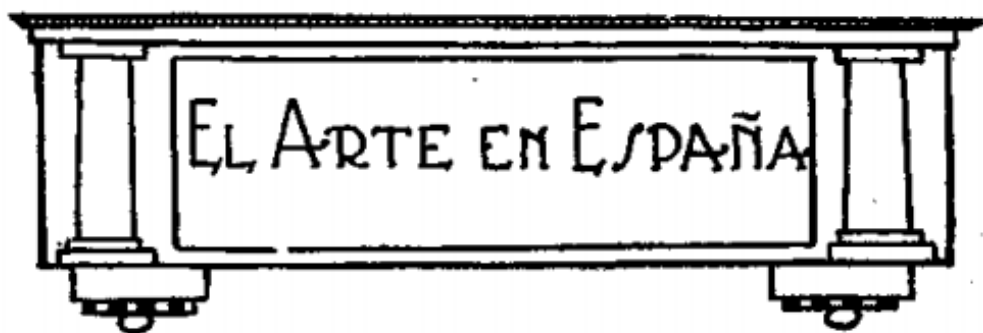


Cosmópolis, revista mensual.  
Madrid  
1 septiembre 1920



## ACERCA DEL LLAMADO "SALÓN DE INDEPENDIENTES"

La Asociación de Pintores y Escultores ha convocado a una Exposición Nacional de carácter privado, que tendrá lugar el próximo mes de Octubre en el palacete del Retiro en que vienen celebrándose las Exposiciones oficiales que convoca el Estado.

La idea en sí es excelente, y nadie puede tener sino aplausos para ella. Precisamente el mal de que adolece España, en este orden de cosas, es la falta de ambiente artístico. Y no se tome esto por una paradoja; tal vez lo sea, pero es una paradoja que ofrece la realidad. En nuestro país sólo hay ambiente público para los toros, la política, el teatro (especialmente el teatro eutrapélico o truculento) y la literatura pornográfica (zafia y groseramente pornográfica) o folletinesca como hace veinte años. Y no es debido esto a falta de artistas y de escritores de talento: los hay, quizá, en mayor número que en parte alguna; pero viven divorciados del público, en un apartamiento incomprendible.

A nuestro entender, la única manera de crear el ambiente favorable a los artistas es organizar Exposiciones y divulgar, por medio del libro y de la prensa, los temas de arte, dando de lado sistemáticamente a la política de campanario, las corridas de

toros, el teatro chocarrero y espeluznante y las novelas afrodisíacas, sensibleras y horrorizantes.

Así, pues, toda iniciativa en ese sentido orientada debe ser siempre bien acogida, y nos place en gran manera que la Asociación de Pintores y Escultores haya salido de su pasividad y se apreste a disputar el terreno a cuanto tiene relajado el gusto público. Ahora bien: esto no impide que hagamos unas observaciones que creemos de rigor y que, en suma, nada han de perjudicar a la idea, puesto que sólo persiguen aquilatarla en su justo valor para que no pierda eficiencia.

Con toda sinceridad decimos que nos parece un error titular la futura Exposición "Salón de Independientes". Por mucho que pensamos sobre ello, no vemos a qué obedece el título, como no sea a un equivocado afán de emulación o a un tortuoso deseo de regentar y acaparar todas las colectivas manifestaciones artísticas de carácter nacional. Nos explicaremos.

En nuestro artículo anterior tratamos de bosquejar un cuadro del estado en que se hallaba nuestro arte para justificar el cada año más patente fracaso de los Certámenes oficiales. De él se desprendía que era necesario abolir esos certámenes, que no tenían más consecuencia que la de fomentar los gérmenes de decadencia. Coincidiendo con nuestro aserto, la crítica de todos los matices ha execrado y vituperado los métodos seguidos en España para la organización de semejantes concursos, y se ha dolido de que los buenos artistas, es decir, los únicos que con justicia pueden llamarse artistas, se sientan repelidos de ellos por un elemental sentimiento de pulcritud y honestidad y tengan que dejar libre el campo a los negociantes y faranduleros, con el evidente peligro de acabar con el escaso público que aun tiene sanas sus facultades morales e intelectuales.

Con más o menos claridad se ha pedido que se organicen Exposiciones independientes, con las que se trate únicamente de contrarrestar los perniciosos efectos de las oficiales y en las que puedan ponerse en contacto directo con el público los artistas enemigos de las intrigas, los merodeos y los contubernios encaminados al logro de mercedes, recompensas, cargos, honores, prebendas y jerarquías, en detrimento del mérito y en razón

indirecta de la equidad. La necesidad de esas Exposiciones la sentían también muchos artistas que repetidamente sufrieron el desengaño de los concursos oficiales, y cuantos, aleccionados por la experiencia, jamás quisieron concurrir a ellos para no servir de pedestal a los hábiles trepadores, que si en ningún lugar faltan, no habría de ser el arte una excepción.

Y he aquí que, de pronto, la Asociación de Pintores y Escultores nos sorprende convocando a un presunto "Salón de Independientes" para el mes de Octubre, dos meses después de haberse clausurado la Exposición Nacional más vergonzosa que jamás se celebrara en país alguno. Y digo nos sorprende, porque esa misma Asociación fué la mentora de tal Exposición, y a ella se debe el Reglamento absurdo que la rigió, y de su seno fueron la mayor parte de los expositores y la casi totalidad de los jurados.

Una Asociación que está manchada de esa forma, que tiene en su haber un tan flaco servicio para el arte como ése, ¿qué confianza puede despertar, ni qué autoridad puede tener para dirigirse a los artistas verdaderamente independientes, para los cuales el arte es un sacerdocio y no un medro, un sacrificio y no una carrera con su escalafón y sus años de servicio?

En efecto, hace falta en España que se organicen muchas, muchísimas Exposiciones de independientes, es decir, de artistas que desdeñan toda clase de lauros y recompensas, que viven apartados de los organismos oficiales, y van a buscar, por su cuenta y riesgo, el favor del público, sin fáciles triunfos amañados en las tertulias de los caciques.

Por tener el antecedente que tiene la Asociación de Pintores y Escultores (tales fueron las tropelías que sus asociados cometieron, que obligaron a celebrar otra Exposición con algunas obras rechazadas, caso insólito en España, donde los artistas atropellados se conformaban generalmente con el bochorno, con una estoicidad digna de mejor causa); a causa de ese antecedente, repito, no se puede tener absoluta confianza en su iniciativa. Quienes han dado el espectáculo de la última Exposición carecen de fuerza moral suficiente para dirigirse al país diciendo que van a organizar otra de independientes. ¿Qué in-

dependencia es ésa después de haber corrido como locos tras las mezquinas pesetas del Estado y de haber hecho todo lo posible por desterrar cualquier atisbo de personalidad, en defensa de lo vulgar, lo mediocre y lo antiartístico?

Independiente es el artista que no admite ser juzgado por nadie, ni para que admitan sus obras ni para obtener recompensas y aspirar a cátedras y cargos oficiales. Y los miembros de la Asociación de Pintores y Escultores están ahitos de recompensas, y todo su afán ha sido, hasta hace mes y medio, alcanzar cátedras y cargos. Por eso no podemos creer en la iniciativa que acaban de tomar.

Alguien ha rechazado el título de «Independientes» porque asegura que entre nosotros han pasado ya los tiempos del conservadurismo artístico en que cualquier intento de renovación era considerado poco menos que atentatorio a las buenas costumbres y al orden social. Para desmentir semejante afirmación está el recuerdo imperecedero de la famosa e inolvidable Exposición última, en la que se persiguió con la misma saña de hace veinte o veinticinco años toda obra que no se adaptase al romo y pragmático criterio del Jurado, como no contase su autor con los medios suficientes para saberse imponer. Se rechazaron obras de tres paisajistas tan modernos como Cristóbal Ruiz, Felipe Bello Piñeiro y Gregorio Prieto, por no citar otros nombres; y cuando un Jurado rechaza esas obras está incapacitado para desempeñar misión tan delicada y de tanta responsabilidad moral. En cambio se han premiado obras como "La Senda", de Alvaro Alcalá Galiano; "Marina", de Ricardo Verdugo Landi; "Solos", de Argelés; "En la fábrica", de Santiago Martínez; "Floristas", de Rico Cejudo, y la ampliación fotográfica iluminada de unos recién casados, firmada por Soria, en las que el convencionalismo más burdo, la cursilería más repelente y la vulgaridad más descorazonadora campeaban a sus anchas. ¿Puede decirse, después de ese ejemplo, que no existe el conservadurismo artístico? No sólo existe, sino que los más genuinos representantes de ese conservadurismo quieren a todo trance volver a gozar del predicamento que antes tenían, cosa que no puede ocurrir si no se apoderaran de la dirección de la

vida artística. Y para conseguirlo, después de su intento de acaparar el campo oficial, tratan ahora de aparecer como los amparadores del deseo de independencia que siente y palpita en una gran parte de los artistas contemporáneos y de engañar nuevamente al público haciéndole creer que son ellos los revolucionarios, los avanzados, los puros, los limpios de corazón, los que dignamente pueden llevar el lábaro del arte de hoy.

Pero creemos que será vano el intento y nadie se llamará a engaño.

Por otra parte, nos encontramos con que no hay razón alguna de oportunidad que abone ese dictado de Independientes, ni de la lectura de la convocatoria se desprende argumento que lo justifique.

Las Exposiciones independientes tuvieron su origen, como todo el mundo sabe, en París. Y obedecieron a las mismas causas que aquí las aconsejan. Igual que en Madrid, en París había un núcleo de vividores del Arte que se había entronizado y se erigía en dictador, sojuzgando la voluntad del Estado y no consintiendo que imperasen nada más que aquellos artistas y tendencias que fueran de su agrado. Sus desmanes, despotismos y arbitrariedades obligaron a otro grupo de artistas a asociarse para organizar salones donde exponer libremente sus obras, sin jurados de admisión, sin premios ni galardones oficiales. Los caciques no sólo negaban la consideración artística y cerraban el paso a quienes se les antojaba, sino que hasta impedían que se pusieran en contacto con el público. Y el grupo disidente, despreciando las prebendas y los títulos, no quisieron más que llegar al público, para que éste negase o concediese los méritos y las reputaciones. Al principio fueron sólo unos cuantos artistas; después se fueron agregando otros, y finalmente se constituyeron otros grupos independientes que al mismo tiempo de las Exposiciones del Estado, bien antes o después, celebraban otras Exposiciones particulares, hasta que, por último, estas Exposiciones, de colectivas o de grupos, se convirtieron en individuales, con lo cual se consiguió que en la famosa capital de

Francia se tuviera mucho más interés en visitar las Exposiciones independientes que las oficiales, pues se estaba seguro de encontrar en aquéllas lo mejor del arte francés y aun del arte universal, pues jamás se cerraban las puertas a todo valor positivo que acudiera a ellas en demanda de hospitalidad. De todas maneras, se tratase de colectivas o individuales, jamás pasaban de ser de grupo, y de un grupo que, dentro de las exigencias del local, jamás era nadie molestado por el valor y el aprecio de las obras que llevara para exponer. Sólo el artista era el juez que determinaba las obras que debía enviar—sin referirnos al número, claro está, siempre restringido—correspondiendo a la crítica y al visitante el aprecio artístico que les correspondiera. De donde se deduce que las Exposiciones de Independientes, lo mismo en su origen que después, no tuvieron otro significado que el de un bello gesto de protesta y desprecio contra los figurones que creían que todo consistía en premios, títulos y cargos.

En Madrid, la Exposición de Independientes no va a tener sino el significado de una Exposición más, con la única variante de que no habrá premios; pero que no impedirá que tenga los mismos defectos y se cometan las mismas tropelías que en las demás.

Por de pronto vemos—aun prescindiendo de quiénes son los artistas y cuál es la historia que les identifica—que una Asociación integrada por cientos de artistas no puede ser quien organice una Exposición de Independientes. Aunque sólo enviase cada uno una obra, ¿qué local podría contenerlas todas? Tendrá que venir una selección, un expurgo, y ¿quién garantiza el acierto? Tendrá que formarse un Jurado de admisión, y si así es ya tiene el vicio de origen de las Exposiciones del Estado, expuesto a que se reproduzcan todos los males y todas las corruptelas de que hasta ahora nos venimos quejando.

Además, los organizadores o los iniciadores de esa Exposición, como luego los expositores, ¿volverán a presentarse a las Exposiciones oficiales, o se entiende que por el hecho de haberse llamado una vez independientes ya han contraído el compromiso formal de no volver a concurrir a los salones del

Estado y van a renunciar a todos los honores y a todos los cargos que el Estado les concedió?

Si lo hacen, esos artistas pecarán de ingratos al volver las espaldas a quien les dió una reputación y un pedestal, con el aditamento de haberles proporcionado medios para asegurar su existencia; y si no lo hacen, cometerán el pecado de farsa, con lo que habrán aumentado la responsabilidad que ya tienen contraída ante el porvenir, que les habrá de juzgar sin el menor asomo de compasión, sin la más leve benevolencia.

Por lo que antedicho queda, vemos que no hay manera de coordinar el título de "Independientes" con el significado de la Exposición y el historial de la entidad organizadora. Ni es independiente por la forma de organizarla, ni es independiente por los artistas que la organizan.

¿Por qué darla, pues, ese título?

Alguien dirá que somos demasiado escrupulosos y que el nombre no hace al caso, pues no importa para que se celebre una Exposición más y los artistas vuelvan a ponerse en contacto con el público, motivando así que se hable nuevamente de Arte y las gentes encuentren un tema de preocupación distinto al de los toros, la política y la bazofia teatral y literaria.

Sin embargo, estimamos que estas observaciones que hemos hecho son precisas para evitar que siga dándose como Arte lo que no es sino bazofia artística.

Que se celebren en buen hora muchas Exposiciones, cuantas más mejor; pero que nadie trate de ampararse detrás de dictados respetables y bajo banderas conquistadoras, para destruir su eficacia y debilitar su potencia. No hay nada peor que las adulteraciones y las mixtificaciones. España está enferma de eso, porque aquí todos se han dedicado a desprestigiar cualquier noble estímulo, cualquier immaculado anhelo, con el fin de que todo sea igual, triunfe la mentira y nadie pueda reprochar a nadie faltas que todos cometieron y por las que todos son culpables.

Es indudable que hace falta organizar Exposiciones de artistas independientes, como el medio más eficaz para que el



Arte recobre su perdida salud; mas no puede ser nunca la Asociación de Pintores y Escultores quien puede llevar la voz cantante.

Las Exposiciones independientes han de organizarlas necesariamente los artistas que no tengan un pasado poco limpio, que no hayan sufrido contaminaciones del morboso ambiente oficial. Y han de organizarlas precisamente grupos de artistas determinados, para que pueda ser un hecho la supresión absoluta de toda traba que envuelva la posibilidad de la injusticia.

Hay que deslindar los campos. Los que crean que las reputaciones las da el Estado por medio de Reales órdenes, a un lado; los que estimen que la fama se conquista con el esfuerzo propio en razón directa del mérito, a otro. Y la crítica y el público, que los juzgue, a ver quiénes son los equivocados y quiénes van del brazo de la verdad.

Repetimos que, aun salvando todos los defectos y los inconvenientes que hacen imposible que la Asociación de Pintores y Escultores pueda ser quien organice una Exposición de Independientes, salvando también la circunstancia de la inoportunidad—¿por qué no organizó dicha Exposición cuando se celebraba la Nacional?—, salvando todo eso, que ya es salvar, nadie puede creer en la pureza de intenciones que es necesaria en esas Exposiciones que, aunque no se quiera, tienen siempre carácter subversivo, de unos artistas que con sus intrigas, sus pasiones y sus malas artes, desprestigiaron para siempre jamás los Certámenes y las distintas atenciones artísticas, como academias, escuelas y pensiones, que el Estado sostiene.

Nada hubiéramos dicho en este orden de cosas si la Asociación de Pintores y Escultores hubiera denominado a su iniciativa, por ejemplo, "Salón de Otoño". Siempre sería una traducción del francés; pero no se engañaría a nadie y todos sabrían a qué atenerse sin ningún género de duda. Nos hubiéramos hecho a la idea de ir a visitar una segunda edición de la Exposición de Junio, aunque con la ventaja de no volver a presenciar los mismos asaltos, las mismas luchas y las mismas venganzas por conseguir las medallas y las pesetas, sin ningún recato, sin ningún rebozo.

BALLESTEROS DE MARTOS.